

HISTORIA DE LAS ACTITUDES POLITICAS EN ESPAÑA

AL general Fabio Máximo le llamaban sus contemporáneos —doscientos años antes de Cristo— Cuctator: el parsimonioso. Fabio creía que todo debe hacerse con calma, sobre todo la guerra y la política, y que ello lleva a la inevitable degradación del enemigo. Así, finalmente, le vencía. En 1884 un grupo de intelectuales y de políticos británicos decidieron presidir sus actos por una parsimonia propia de Fabio: se llamaron —y se llaman— fabianos. Son unos socialistas lentos. Casi han pasado cien años desde su fundación y, si se mide su influencia en la sociedad británica, se considerará que es tan escasa que bien podría llamarse nula, a pesar de que de ellos salieron los sindicalistas y los laboristas. Alguno de los grandes fabianos rompió su viejísimo carnet antes de morir, desesperado ya de esperar en vano (uno fue Bertrand Russell).

La tesis de esperar en el tiempo haciendo una labor lenta está, todavía, bastante extendida. Hay un fabianismo latente en muchas personas, en muchos políticos, que lo fían todo a su parsimonia. En el texto que publicamos de Antonio Garrigues Walker existe algo de fabianismo, quizá sin proponérselo, cuando cree y asegura que el paso hacia la democracia ha

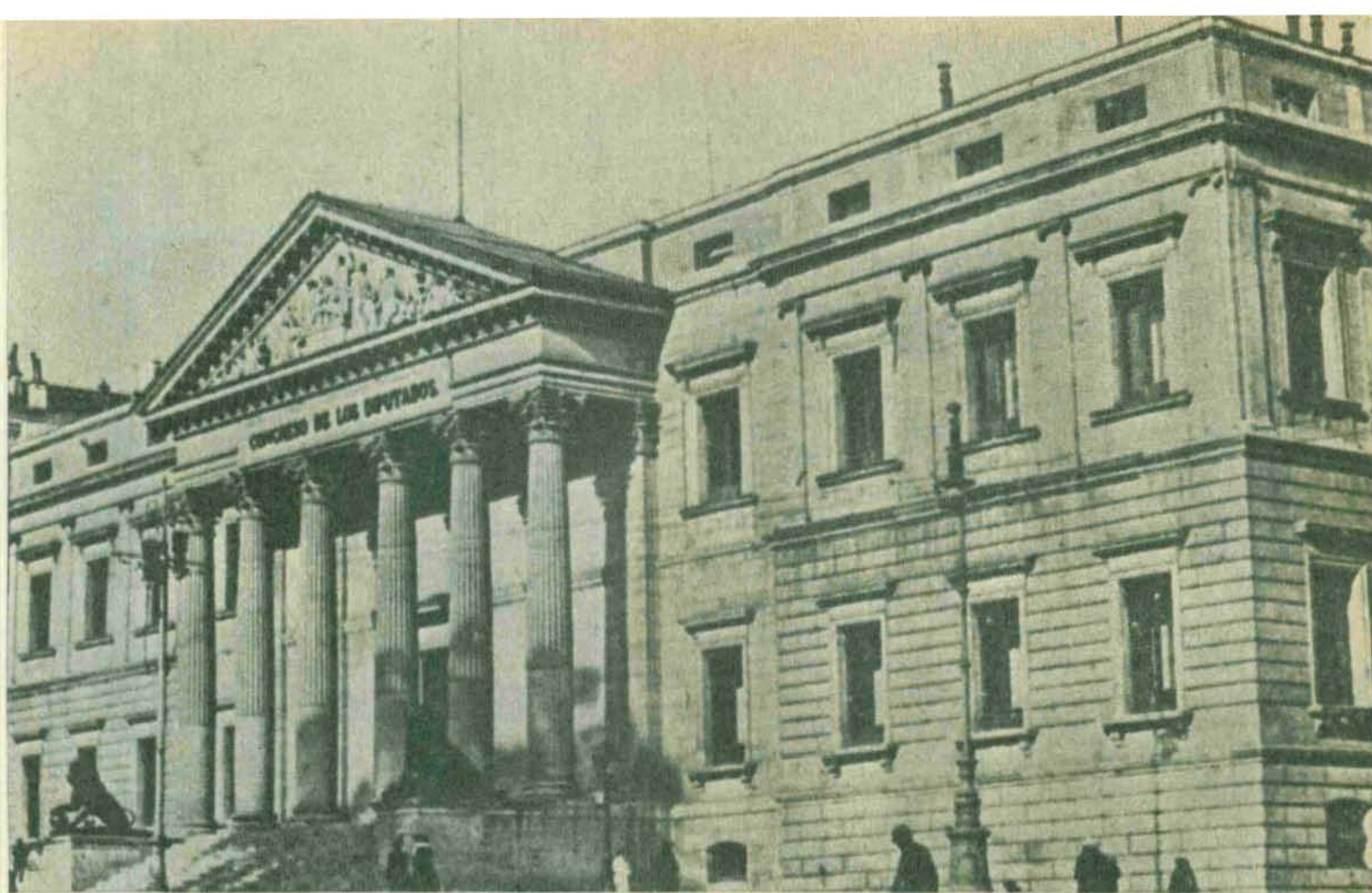
de ser lento y alberga en cierto modo la idea de la falta de madurez del pueblo español para recibir el don de la democracia. Vaya por delante que nuestra opinión es muy distinta. Si hay falta de madurez para adoptar la democracia está, sobre todo, en las clases dirigentes, que necesitarían alguna escuela de democracia. En el pueblo es algo, digamos, connatural, o afín.

El tema del tiempo que debe transcurrir para cambiar la construcción de una sociedad, o su esquema, por otro distinto, es algo que se ha utilizado muchas veces en la historia y en la política. Las proclamaciones de independencia que se produjeron en el mundo a partir de la década de los sesenta fueron acusadas de prematuras; y cuando, en muchos casos, los resultados fueron —y siguen en gran parte siéndolo— poco positivos, se determinó que ello se debía a que faltaban diez —o quince, o veinticinco— años para que esas determinadas naciones colmaran su vacío y estuvieran en condiciones de gobernarse a sí mismas, en lugar de achacar los pequeños o grandes desastres a la desintegración en todos los niveles causada por los años de la colonización. Es importante pensar que siempre faltarán diez años... Si se espera, la diferencia no se

agotará en la espera. Quizá, eso sí, se aumente.

No es por sus consideraciones sobre el presente y el futuro —que no pertenecerían enteramente al género de nuestra revista— por lo que traemos aquí este texto de Garrigues Walker, basado en la primera parte de la conferencia que pronunció recientemente en Madrid, pero revisado y reconsiderado por su autor para que fuese publicado en nuestras páginas. Viene aquí porque contiene una historia de las actitudes políticas españolas en los últimos años, ampliamente basado en textos y citas de gran interés. Por lo tanto, nuestra reserva hacia el fondo del tema o hacia la dirección que este autor da a su historia es casi obvia, más bien minúscula. Está claro que de haber sido mayor no hubiésemos publicado este texto. Si lo hacemos es por su gran calidad y porque explica una posición muy acendrada en muchas personas de calidad; que no sea la nuestra no quiere decir que no sea válida.

Agradecemos mucho a don Antonio Garrigues Walker su colaboración en TIEMPO DE HISTORIA, con un texto interesante e importante, y que en cualquier caso abre puertas a debates o discusiones de alguna envergadura, muy útiles en estos momentos. ■ E. H. T.



EL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS, EN LA MADRILEÑA CARRERA DE SAN JERONIMO, HOY SEDE DE LAS CORTES ESPAÑOLAS.

ANTONIO GARRIGUES WALKER

1. Aunque existen teorías o posturas en algunos casos más radicalizados y en otros más eclécticas, las dos que voy a exponer seguidamente representan sin duda el porcentaje mayoritario de los españoles frente a un tema complejísimo lleno de interés teórico y de consecuencias prácticas: **la capacidad política de los españoles.**

Para unos, el pueblo español, por razones de orden geopolítico, históricas y psicológicas, está mal dotado para la vida política y, en concreto, para la vida democracia. Carece del realismo, del pragmatismo, de la paciencia y de la disciplina que tienen los pueblos anglosajones y centroeuropeos. El sentido individualista, la envidia, la superficialidad y el extremismo son nuestras constantes políticas. Se añade a ello una "incapacidad" específica referida a la situación actual, ya que la mayoría de los españoles no han tenido la menor oportunidad de vivir o experimentar la democracia de los países occidentales por el mero hecho de que nacieron después de nuestra guerra civil.

Para otros, el pueblo español no está mal dotado para la vida política. Lo que ha sucedido es que nadie ha tenido interés en su preparación o formación para las actividades públicas. La derecha, la Iglesia (especialmente la preconiliar), el poder económico y la tecnocracia, han limitado al máximo nuestro desarrollo político con el único propósito de mantener sus privilegios y su influencia. El pueblo español no es apolítico. El pueblo español está, en efecto, despolitizado, pero no de una forma natural o espontánea, sino de una forma artificial y consciente por una minoría monolítica y reaccionaria.

2. De estas dos actitudes, y de ahí la importancia del tema, surgen inevitablemente tres posiciones políticas concretas que voy a intentar resumir al máximo.

Los que creen en la incapacidad son partidarios, como es lógico, de regímenes autoritarios en donde el orden y la paz social tengan especial significación e importancia e incluso prioridad sobre

.. PARA UNOS, EL PUEBLO ESPAÑOL —POR RAZONES DE ORDEN GEOPOLITICO, HISTORICAS Y PSICOLOGICAS— ESTA MAL DOTADO PARA LA VIDA POLITICA Y, EN CONCRETO, PARA LA VIDA DEMOCRATICA. OTROS, POR EL CONTRARIO, PIENSAN QUE LO QUE HA SUCEDIDO ES QUE NADIE SE HA INTERESADO EN LA FORMACION DEL PUEBLO PARA LAS ACTIVIDADES PUBLICAS: LA DERECHA, LA IGLESIA, EL PODER ECONOMICO Y LA TECNOCRACIA HAN LIMITADO AL MAXIMO NUESTRO DESARROLLO POLITICO CON EL UNICO PROPOSITO DE MANTENER SUS PRIVILEGIOS Y SU INFLUENCIA.

derechos o situaciones individuales concretas. Aun cuando acepten la existencia real de un pluralismo lo limitan a sus manifestaciones más primarias o anecdóticas. El Estado para ellos debe tener absoluta potestad para ordenar las condiciones de la vida civil, económica y política. En esta argumentación básica —aunque sus objetivos, manifestaciones y principios sean distintos—, se unen todas las derivaciones teóricas del despotismo ilustrado, es decir, los que ofrecen "todo para el pueblo pero sin el pueblo".

Los que, por el contrario, creen sin reservas en la capacidad política de nuestro pueblo, aspiran desde ya, como fórmula política ideal, a una democracia de tipo europeo insistiendo como características fundamentales en unos sindicatos libres, en unos partidos políticos reconocidos con plena capacidad de acción y en un respeto absoluto a los derechos humanos de reunión y de expresión.

Por último existe un grupo que, aun creyendo en la capacidad política natural del pueblo español, teme que una alteración brusca de las condiciones actuales pueda desembocar —por falta de educación y experiencia práctica— en una nueva guerra civil o en una dictadura de cualquier signo y recomienda, por lo tanto, una evolución más o menos lenta y más o menos gradual hacia formas políticas normales. Yo me adhiero sin reservas a esta postura por las razones que explicaré después.

3. En estos planteamientos generales no hay realmente nada nuevo, ni en el plano conceptual ni en el plano de la experiencia histórica, ni en el plano de la realidad práctica. Si alguien está verdaderamente dispuesto a profundizar en el examen de la política española actual hará bien en refrescar sus conocimientos sobre la famosa polémica de la ciencia española que se inicia en los últimos años del reinado de Carlos III con un artículo de Nicolás Masson de



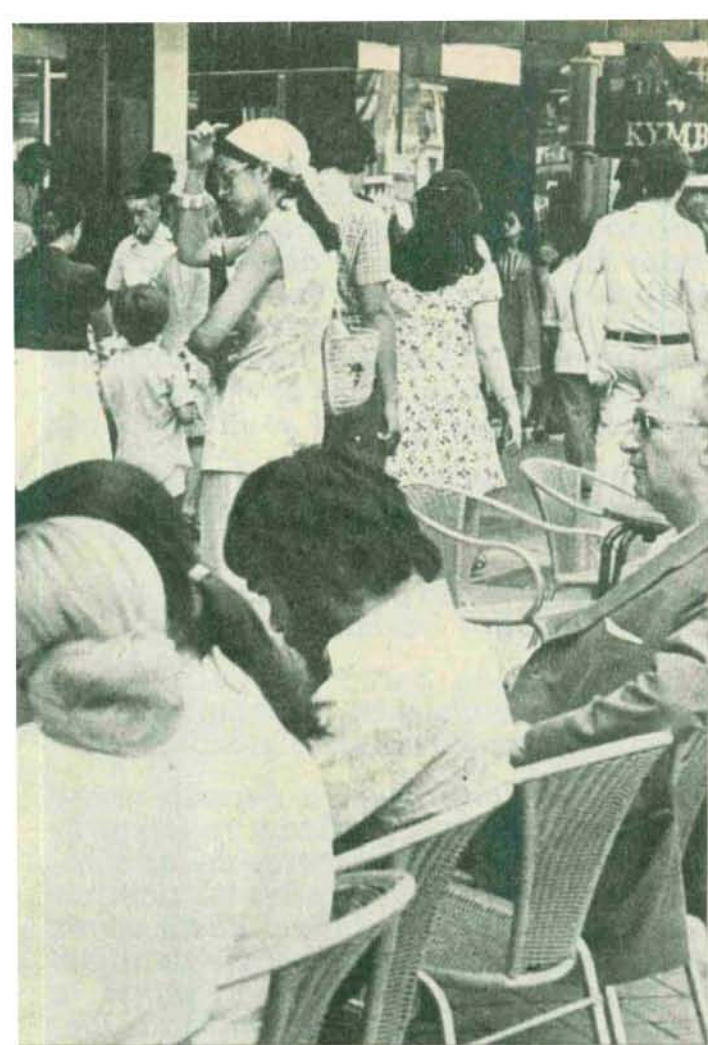
Morvilliers y que, aunque termina oficialmente a finales del siglo XVIII, la verdad es que siguió, sigue y seguirá teniendo una continuidad perfecta. Nicolás Masson resumió su postura diciendo:

"El español tiene aptitud para las ciencias; existen muchos libros y, sin embargo, quizá sea la nación más ignorante de Europa".

Y añade:

"Si es precisa una crisis política para salir de este vergonzoso letargo, ¿a qué esperan todavía?".

Este artículo produjo, como era de esperar, una de las polémicas más fértiles para entender el alma española. Para unos, la razón de esta decadencia científica no era otra que la consecuencia de una intolerancia religiosa y un despotismo político. Para otros, las ciencias españolas estaban a un nivel igual o superior al de las europeas. Lo que sucedía era que los españoles no sabían hacerse valorar suficientemente. Con este motivo se examinaron cuidadosamente las virtudes y los defectos del pueblo español. Entre las virtudes figuraban el valor, la nobleza, el idealismo,



la fidelidad, la resignación en la desgracia... Entre los defectos, su indolencia, su pereza, su resistencia a lo nuevo, su falta de realismo, sus actitudes dogmáticas, su incultura, su soberbia... Para unos, el pueblo español era ingobernable. Para otros, era un pueblo normal que necesitaba educación. Para algunos, era el único pueblo importante del universo, o más humildemente, la reserva espiritual de Europa.

En esa polémica se analizaron con seriedad todos y cada uno de los tópicos políticos que andamos hoy discutiendo, casi siempre sin rigor, en este país: la europeización, las formas de gobierno, la educación liberadora, los extremismos, los vacíos políticos, el colonialismo extranjero, la ambigüedad de la Iglesia, la moral sexual, etcétera.

Aunque parezca que me separo un poco del tema que hoy nos ocupa, quiero hacerles un resumen de algunas de las intervenciones más destacadas, porque creo que, de un lado, será útil y divertido equiparar las intervenciones de entonces con las de nuestros hombres públicos de hoy, y de otro, porque nos **permitirá conocer** mejor nuestras claves políticas auténticas.

Nicolás Masson afirmaba en su famoso artículo:

"En España no se piensa. La libertad de pensar es desconocida en aquella península. El español, para leer y para pensar, necesita la licencia de un fraile".

Juan Pablo Forner responde indignado, diciendo:

"No se piensa en España, así es. No se piensa en conturbar el sosiego de la paz pública, combatiendo con sofismas indecorosos las creencias en cuya esperanza y verdad sobrellevan los hombres las miserias de esta calamitosa vida".

Y justifica su postura de la siguiente forma:

"Si en la república civil se prohíbe santísimamente las acciones que desbaratan el nudo de la seguridad pública, en cuya base se afirma y mantiene la sociedad, menos desordenada que si los hombres viviesen rey cada uno soberano de sí mismo, ¿por qué en la república literaria no se prohibirán con igual calificación las doctrinas en que, mezclada la avilantez con el sacrilegio, y con el magisterio vano la ambición de pervertirlo todo, se atropellan los principios más sagrados de la religión y de la sociedad?".

Y añade, para concluir su argumento:

"¿Perderán su excelencia nuestras bibliotecas porque no comparezcan en ellas un Rousseau, que solicitó inutilizar la razón, reduciendo al estado de bestial al que nació para hombre; un Helvetius, que colocó en la obscena sensualidad los incitamentos del heroísmo y extrañó la virtud de entre los mortales; un Bayle, patrono y orador de cuanto se ha delirado con título de filosofía; un Voltaire, gran maestro de sofistería y malignidad, que vivió sin patria, murió sin religión y se ignora en todo que creyó o dejó de creer?".

L. Cañuelo, con un gran sentido del humor, y después de describir una España muy parecida a la de nuestros días, dice:

"Este es nuestro actual estado; pero consolémonos y confiemos en nuestros apologistas. Ellos nos harán creer que somos la nación más rica y poderosa del Universo, y aún que hemos llegado a los

últimos extremos de la felicidad temporal; y adormeciéndonos sobre nuestros males, que por ser de este mundo no son sino verdaderos bienes; y manteniéndonos en nuestra ignorancia, que es el único muro que nos defiende de la riqueza y prosperidad, la ignorancia aumentará los males y los males fortalecerán más y más la ignorancia".

Juan Pablo Forner critica a Cañuelo su incultura filosófica, y le reprime diciéndole algo que en nuestros días calificaríamos de elogio a la "crítica constructiva":

"Habla usted del estado de la Monarquía de tres siglos a esta parte, y amontonando las portentosas voces de obstáculos, gloria mundana, vanidad del poder, pobreza, ignorancia y otras generalísimas que suenan mucho y no dicen nada, gasta dos pliegos de papel para llamarnos bárbaros y mendigos, sin declararnos a punto fijo las causas que nos han traído a este estado mísero y lastimoso. Nuestra política, muestra jurisprudencia... Pero ¿cómo o por qué nos han hecho infelices nuestra jurisprudencia y nuestra política? De esto ni una sola palabra. Se les imputa el delito y no se les prueba. De distinto modo procedieron los celosos y sabios ciudadanos que en el pasado y presente siglo se dedicaron a examinar las causas de la decadencia de la Monarquía. Tengo a la vista una porción de libros excelentes en que un buen número de españoles, verdaderamente políticos, han representado a nuestros reyes, con el respeto debido a la majestad, las necesidades urgentes del Estado, las causas de ellas y las providencias que sería bueno tomar para su remedio. Sin exceder los términos de una justa moderación, expusieron con sencilla veracidad lo que sentían del estado público de las cosas, y sus advertencias, porque se daban especificadas, surtieron entonces, o han surtido después, efectos saludables. Con el poder no vale la sátira, amigo mío. El buen monarca corrige el mal en el punto que le conoce. El malo sigue su camino, riéndose de los satíricos o dándoles respuestas bien terminantes".

Y no bastando lo anterior, añade:

"En España (créalo Vm.) no se ha prohibido jamás descubrir y exponer los males del Estado como la exposición se haya hecho con decoro y generosidad.

El buen ciudadano advierte y propone sin satirizar ni morder. Lea Vm. los 'Discursos y Apuntamientos' del Procurador de Cortes Lisón de Biedma y se admirará de ver cosas que ni por sueño creería Vm. ser posible que imprimiesen en España. En Londres habrá libros de mayor malignidad, pero de mayor libertad serán pocos los que se hallen".

L. Cañuelo vuelve a responder con una intervención de la que basta reseñar su título:

"La congoja de no poder hacerme entender de aquellos bárbaros".

Antonio Remón Zarco del Valle representa el triunfalismo español cuando afirma, sin reservas, lo siguiente:

"Las condiciones que la España reúne por su posición geográfica y su topografía en favor de los progresos de las ciencias son y han sido en todos los tiempos numerosas y privilegiadas. Basta echar una ojeada sobre la superficie de nuestro planeta para descubrir al punto la situación felicísima de la Península Ibérica. Colocada en el hemisferio boreal y en su zona más benigna; separada del continente en su parte septentrional por una alta cadena de montañas que espärce hacia su centro en otras de diversa forma y dirección, y terminada al sur por la Peña de Gibraltar y su punta de Europa, desde la cual parece que vela sobre las relaciones del Mediterráneo, riquísimo en recuerdos, y del océano, no menos rico en porvenir, pertenece la Península a esa faja clásica que ciñe la tierra al norte del Ecuador, y que acaso pudiera mirarse como el terreno favorito de la civilización".

José Echegaray interviene en la polémica con un pesimismo moderado. Al finalizar su discurso sobre *La Historia de las matemáticas puras en España*, afirma:

"Porque no lo dudéis, entre las grandes facultades del espíritu hay una necesaria armonía, y pueblo en que esta armonía se turba, camina indefectiblemente a su ruina. Si pierde el sentimiento religioso, o a bárbaras o atrasadas religiones se entrega, no le espera la inmortalidad, sino la descomposición y la muerte en un porvenir más o menos lejano; si es insensible al sentimiento artístico y poético, el materialismo le devorará al fin; pero, del mismo modo, si no ama la cien-



LOS QUE CREEN EN LA INCAPACIDAD POLITICA DEL PUEBLO ESPAÑOL SON PARTIDARIOS, COMO ES LOGICO, DE REGIMENES AUTORITARIOS EN DONDE EL ORDEN Y LA PAZ SOCIAL TENGAN ESPECIAL SIGNIFICACION E IMPORTANCIA E INCLUSO PRIORIDAD SOBRE DERECHOS O SITUACIONES INDIVIDUALES CONCRETAS: EL ESTADO DEBE TENER ABSOLUTA POTESTAD PARA ORDENAR LAS CONDICIONES DE LA VIDA CIVIL, ECONOMICA Y POLITICA.

cia pura y con ella fortifica su razón, caerá fatalmente en vergonzoso embrutecimiento, y desdeñado por todos, extraño a la vida del pensamiento, sufrirá la pena del olvido, triste muerte de todo pueblo que no ha sabido conquistar su inmortalidad en la Historia.

No temáis tanto mal ni tan vergonzoso fin para nuestra España; ella ha sabido siempre, en los supremos momentos, alzarse desde la mayor postración a las mayores glorias, y ella sabrá ganar el tiempo perdido, conquistando bien pronto honroso puesto entre las naciones de Europa, mientras llega el día, y llegará, en que la patria de Murillo, de Cervantes, de Luis Vives, de Omerique y de don Jorge Juan dé al mundo rivales de Newton y Descartes, y nuevos lauros a nuestra gloriosa historia".

Felipe Picatoste se queja de la moderación de Echegaray y alude a nuestra falta de relaciones públicas, diciendo:

"El señor Echegaray habría hecho un señalado bien desenterrando de entre el

polvo y el olvido en que yacen ilustres nombres, dando a conocer su mérito y explicando, en todo caso, por qué en nuestra patria no han progresado algunas ciencias como en otras naciones. Pero ¿qué gloria ha adquirido, qué bien ha hecho con asentar que las ciencias nada deben a España?

La gran desgracia de este país consiste en que sus hijos, lejos de defenderle, le acriminan; lejos de glorificarle, le culpan y ayudan a renegar de un pasado en que hay seguramente mucho bueno, que nos es desconocido porque no queremos conocerlo".

Manuel de la Revilla, un nombre importante en esta polémica, empieza a investigar seriamente las causas de la decadencia española, atribuyendo en gran parte las culpas a "nuestra feroz intolerancia religiosa". A este respecto afirma:

"El país en que una intolerancia sistemática organizada velaba con rigor implacable para impedir la aparición de



SI ALGUIEN ESTA VERDADERAMENTE DISPUESTO A PROFUNDIZAR EN EL EXAMEN DE LA POLÍTICA ESPAÑOLA ACTUAL, HARA BIEN EN REFRESCAR SUS CONOCIMIENTOS SOBRE LA FAMOSA POLEMICA DE LA CIENCIA ESPAÑOLA, QUE SE INICIA AL FINAL DEL REINADO DE CARLOS III.

todo pensamiento que no encajara en los moldes de la más estrecha ortodoxia; el país en que Fray Luis de León, Santa Teresa y San Juan de la Cruz no estaban al abrigo de la suspicacia inquisitorial; el país en que imperaban todos los despotismos, todas las intolerancias y todas las supersticiones, no podía dar vida al pensamiento científico que no alienta sin la libertad".

Marcelino Menéndez y Pelayo interviene decididamente en la polémica y acusa a Revilla en los términos siguientes:

"A algunos ha de extrañar la tenacidad sin ejemplo con que los sectarios de ciertas escuelas niegan el mérito de nuestros filósofos sin haberlos leído ni querer leerlos. Muy sencilla me parece la explicación de esta terquedad y de esta ignorancia (llamemos las cosas por su nombre) en que voluntariamente se mantienen. Si llegasen a confesar que España había dado grandes filósofos en esa época de Inquisición y fanatismo, ¿qué peso tendrían sus declamaciones contra la intolerancia? De suerte que, por mantener una vulgaridad y un absurdo, tolerables sólo en gacetillas de periódicos, consienten en cerrar los ojos, tapiar los oídos y mantenerse apartados de toda investigación erudita. El señor

Revilla desprecia la erudición. Sea en hora buena; dice que expone a grandes extravíos; a mayores expone la falta de ella. Yo estoy firmemente persuadido de que la erudición conduce siempre a algún resultado provechoso; el charlatanismo y las discusiones de 'omni re scibili', a ninguno. De sofistas y oradores de Ateneo estamos hartos en España. La generación presente se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas; la generación siguiente, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas: faltan estudios sólidos y macizos.

Yo no niego que una de las mil causas ocasionales de la declinación parcial de la ciencia española en el siglo XVII fuese la intolerancia; pero no la de la Inquisición tan solo, sino más bien la de las escuelas y sistemas prepotentes, harto más dañosa, como usted apuntó ya en uno de sus Ensayos críticos. Y esto ha sucedido y sucederá en todos los tiempos; las sectas filosóficas dominantes, lo propio de los partidos políticos, tienden a la intolerancia y al exclusivismo, cohibiendo de mil maneras la iniciativa individual. Sin ir más lejos, ahí están los krausistas, de cuya tolerancia pueden decir muy buenas cosas los que alguna vez han asistido a sus aulas".

Revilla responde con un argumento clásico y con una queja habitual en las discusiones españolas:

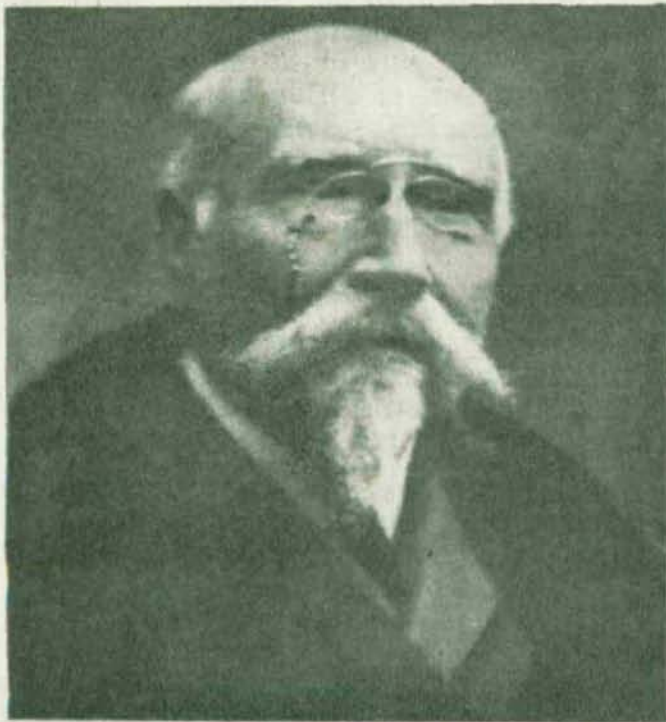
"La filosofía española, en el sentido de escuela nacional que haya ejercido verdadera influencia en el pensamiento humano, no existe ni ha existido nunca; como tampoco hemos tenido una historia científica de verdadera importancia. No negamos que esto sea doloroso para nuestro orgullo nacional; pero, aparte de que semejante falta está ampliamente compensada por nuestra gloriosa historia literaria y artística, el verdadero patriotismo no consiste en adular a la patria, sino en decirle verdades provechosas, por amargas que sean, y la ciencia sería, la ciencia sólida y maciza, está obligada a decir toda la verdad y no a halagar el orgullo nacional. Es cuanto tenemos que contestar al artículo del señor Menéndez, con el cual no pensamos discutir mientras no emplee en sus polémicas más comedidas formas y no se abstenga de cierto género de ligeras e infundadas acusaciones".

Menéndez y Pelayo responde de nuevo a

Revilla con afirmaciones y reacciones muy propias de nuestro carácter:

"El que las historias de la ciencia no hablen, o hablen poco de los españoles, nada tiene de extraño. Son, en su mayor parte, obra de autores extranjeros que no conocen el desarrollo de nuestra actividad intelectual, muy difícil de estudiar hoy por la rareza de los libros que produjo, y hasta por la falta de diccionarios bibliográficos que indiquen sus títulos y paradero. Siempre fuimos pródigos en hazañas y cortos en escribirlas, y no es maravilla que los de fuera desdeñen lo que con soberbia ignorancia niegan los de casa.

Al final anuncia que no discutirá conmigo mientras no vea que empleo más comedidas formas. En cambio, yo, que de formas me cuido poco, que no soy catedrático de Literatura como el señor De la Revilla, y que no tengo reputación literaria, buena ni mala, que aventurar en este lance, discutiré con él en cualquier forma, aunque use la peor de todas, la progresista; aunque toque el himno de Riego y me llame neo o troglodita... y cuanto se le antoje, que por eso no he de ofenderme; pero a condición de que dé muestras de haber estudiado la materia y conocer de la filosofía española algunas, aunque vagas, generalidades".



«LLEGARA EL DÍA EN QUE LA PATRIA DE MURILLO, DE CERVANTES, DE LUIS VIVES, DE OMÉRIQUE Y DE DON JORGE JUAN DE AL MUNDO RIVALES DE NEWTON Y DESCARTES, Y LAUROS A NUESTRA GLORIOSA HISTORIA» (ECHEGARAY).

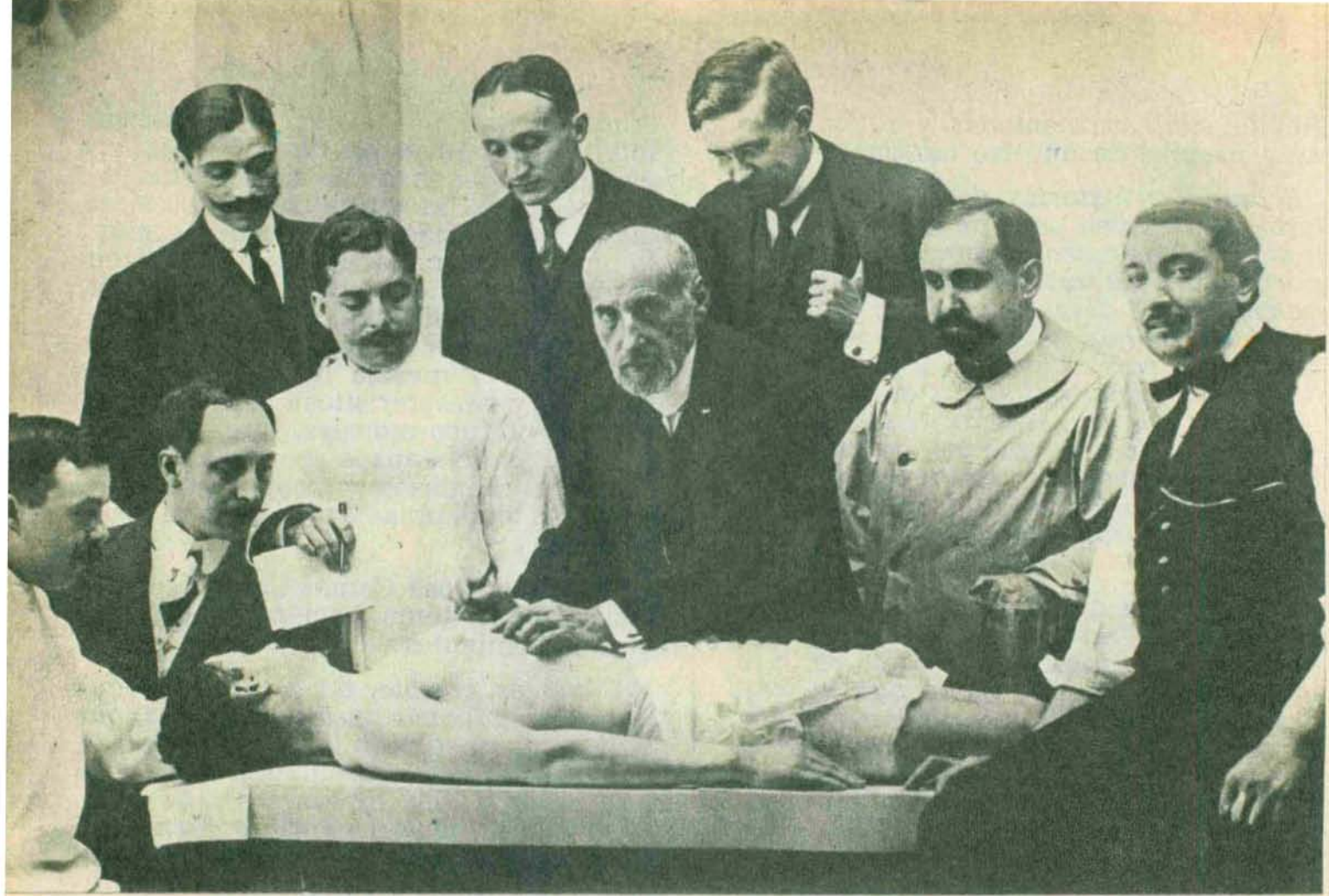
Santiago Ramón y Cajal, en un estudio interesante, investiga de una manera decidida las causas de nuestro retraso frente a Europa y analiza, entre otras, las teorías físicas (entre las que incluye la hipótesis térmica, es decir, la existencia de un clima excesivamente caluroso, y la tesis oligohídrica, es decir, la falta de agua), las teorías étnicas, es decir, la diversidad y mezcla de culturas, costumbres y características raciales, y las teorías político-morales, mencionando entre ellas las causas económicas, políticas y religiosas y específicamente nuestras tendencias al orgullo y al aislamiento.

Un catalán, José Comás Solá, vuelve a insistir en el tema haciéndose las preguntas siguientes:

"¿Cómo es posible, de este modo, que nuestras industrias sean originales, que puedan competir con las de otros países, que no se reduzcan a una imitación de lo que se hace en el extranjero? ¿Cómo es posible que nuestro nombre fuera virtualmente respetado fuera de casa, que se nos conceda la beligerancia científica, si no somos capaces de enseñar nada nuevo, ni de presentar apenas ningún nombre español en la lista de los campeones del progreso humano? ¿Cómo es posible, en fin, que el pueblo español figure en el concierto de las naciones progresivas, si sus energías intelectuales se derrochan en las más estúpidas luchas políticas, sin imperar en ellas criterio alguno, y dedica buena parte de sus ocios al salvaje espectáculo de la lidia, llamado impudicamente fiesta nacional?"

José Ortega y Gasset analizó en profundidad este tema. Entre sus ideas destaco las siguientes:

"Hablando el otro día 'de re política' expresaba mi convicción de que es injusto, de que es blasfematorio maldecir del pueblo, divino irresponsable. De quien habemos de maldecir es de nosotros los que escribimos, los que somos diputados y ministros y ex ministros; de nosotros, catedráticos y presidentes del Consejo; de nosotros, todos los que llevamos en el pecho cien atmósferas de vanidad personal. No es vicioso el pueblo a quien Silvela acusaba, sino el Silvela acusador del pueblo. No es culpable la muchedumbre española al carecer de impulsos éticos, sino el que osa hablar de ciencia



DON SANTIAGO RAMON Y CAJAL, A QUIEN AQUI VEMOS DURANTE UNA CLASE PRACTICA ACOMPAÑADO DE —ENTRE OTROS— LOS DOCTORES ACHUCARRO, FRANCISCO TELLO Y RICARDO BECERRO BENGOA, INVESTIGARIA LAS CAUSAS DE NUESTRO RETRASO FRENTE A EUROPA, SITUANDO EN UN PLANO DESTACADO LAS TENDENCIAS ESPAÑOLAS AL ORGULLO Y AL AISLAMIENTO.

ética sin sospechar siquiera qué cosa es. En una palabra, nosotros, que pretendemos ser no-pueblo, tenemos que abrazarnos a nuestros pecados históricos y llorar sobre ellos hasta disolverlos y meter ascuas de dolor en nuestra conciencia para purificarla y renovarla.

Lo único cierto que hay en todo esto es que nosotros tenemos la culpa de que no sea de otra manera. Es preciso que nos mejoremos nosotros sin cuidarnos de mejorar antes al pueblo. Es preciso que nosotros, los responsables, seamos la virtud de nuestro pueblo y que éste pueda decirnos como Shelley de una persona que amaba: 'Tú eres mi mejor yo'.

El nivel intelectual va bajando tanto y tan de prisa en estos confines de la decadencia, que dentro de poco no habra academias ni teatros, sino que, sentados los españoles en torno a enormes mesas de café, nos contaremos cuentos verdes.

Cierto que la política no es, en mi entender, el arte de hacer felices a los pueblos. Más acertado me parece pen-

sar, con el católico Bonald, que el gobierno debe hacer poco por los placeres de los hombres, bastante por sus necesidades, todo por sus virtudes, si se añade que la buena alimentación y la vida grata son el único clima donde se recogen henchidas cosechas de moral. Cabe ser idealista a la manera de Platón, y no olvidar, como él no olvidó nunca, la terrible ironía de Focílides: Cuando se tiene de qué vivir, puede pensarse en ejercitar la virtud''.

José R. Carracido, que hizo una labor similar a la de Santiago Ramón y Cajal, define el utopismo español diciendo:

"Si como excusa de la falta de arte para gobernar se dice que somos un pueblo ingobernable, con no mayor fundamento se viene repitiendo que nuestra raza es ineducable para las campañas exploradoras de los secretos de la Naturaleza, llegando hasta la vanagloria, en la confesión de esta imaginada incapacidad, de creerse constituida para volar sobre las cumbres de la Metafísica sin tocar en las menudencias del mundo físico''.

Pío Baroja también intervino directamente en esta polémica con su acritud y pesimismo característicos:

“Para mí, estos apologistas tenían razón en parte, pero no en todo. Así como Masson no quería ver lo positivo de la civilización española, los apologistas no querían ver sus deficiencias.

Ciertamente, España no ha tenido esas minorías selectas de cultura media de los países centroeuropeos. España nunca ha sido foco, sino periferia. Algunos hombres extraordinarios, y luego, plebe. Ese es nuestro haber. Cuando hemos pretendido formar centros de cultura, como el de Aranjuez del siglo XVIII, o el Madrid de Alfonso XII, hemos llegado a muy poco; en cambio, la plebe, cuando se ha lanzado a su obra, a pelear con el moro, a colonizar América, a luchar con el francés o a inventar sus héroes, ha hecho algo grande.

Unamuno ha estampado una frase que a mí me parece una torpeza y un desacierto. Es esa de decir, refiriéndose a los pueblos inventores: ‘Que inventen ellos’, o lo que es lo mismo, que construyan la ciencia los extranjeros. Nada encuentro más anticultural, más antieuropeo, que ese pensamiento. Es una frase de seminario o de sacristía. Puede ponerse al lado de la exposición de la Universidad frailuna de Cervera, en 1817, en la que se decía: ‘Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir’, frase que se ha transformado y se ha popularizado en ‘Lejos de nosotros la funesta manía de pensar’. Pensar, discurrir e inventar son actividades paralelas.

La Literatura y el Arte seguirán en España, aunque no los protejan: es el instinto de la raza. La mayoría de los escritores y artistas españoles no hemos tenido la menor protección; muchos no hemos ganado con nuestras obras ni lo que gana un peón de albañil, y, sin embargo, seguimos trabajando, claro que sin esperanza de éxito ni de premio, lo que no nos da mucha efusión por la burguesía de nuestro país”.

Miguel de Unamuno, comentando el libro de Martín Hume, sobre el origen y características del pueblo español, dijo cosas verdaderamente importantes. Mencionó, entre ellas, las siguientes:

“Mi idea es que el español tiene, por regla general, más individualidad que

personalidad; que la fuerza con que se afirma frente a los demás, y la energía con que se crea dogmas y se encierra en ellos, no corresponde a la riqueza de su contenido espiritual íntimo, que rara vez peca de complejo.

Este violento individualismo, acompañado de un escasísimo personalismo, de una gran pobreza de personalidad es lo que acaso explica mucha parte de nuestra historia. Explica la intensísima sed de inmortalidad individual que al español abrasa, sed que se oculta en eso que llaman nuestro culto a la muerte.

Este fuerte individualismo y de un individuo que se esfuerza por persistir le llevó a fijarse siempre en la dirección práctica, volitiva, y he aquí por qué nos admiraba tanto Schopenhauer a los españoles, teniéndonos por una de las castas más llenas de voluntad —o de voluntariedad más bien—, más vivido-



PARA ORTEGA Y GABSET, LA POLÍTICA NO ERA «EL ARTE DE HACER FELICES A LOS PUEBLOS» SINO QUE, SIGUIENDO AL CATÓLICO DONALD, OPINABA QUE EL «GOBIERNO DEBE HACER POCO POR LOS PLACERES DE LOS HOMBRES, BAS-TANTE POR SUS NECESIDADES, TODO POR SUS VIRTUDES».

ras. El despegue a la vida no es más que aparente, celando el más estrechísimo apego a ella. Y esa dirección práctica se ve en nuestro pensamiento, inclinado, ya desde Séneca, a lo que se llama el moralismo y poco afecto a la pura contemplación metafísica y especulativa, a ver en el mundo como meros espectadores.

Este mismo individualismo, que se hace impositivo, nos llevó al dogmatismo que nos corroe. España es el país de los más papistas que el Papa, como suele decirse, debiendo leerse a este respecto lo que Hume dice de las relaciones de Felipe II con la Santa Sede. España es el suelo escogido y abonado de eso que se llama integrista y que es el triunfo del máximo de individualidad compatible con el mínimo de personalidad. España fue, en fin, y en más de un respecto sigue siendo, la tierra de la Inquisición.

Hay un pecado capital muy genuinamente español y del que me propongo escribir con alguna extensión, y ese

pecado es la envidia, nacido de nuestro especial individualismo, y ese pecado es una de las causas del kabilismo. La envidia ha estropeado y estropea a no pocos ingenios españoles, sin ella lozanos y fructuosos. Todos recordamos el famoso símil de la cucaña. Hay en el fondo de nuestra casta cierto poso de avaricia espiritual, de falta de generosidad de alma, cierta propensión a no creernos ricos, sino a propensión que son los demás pobres, poso que hay que limpiar”.

Angel Ganivet dijo cosas en 1896 que deberían hacernos meditar profundamente, pero entre ellas destaco una que me parece especialmente significativa en estos momentos:

“Para que la acción sea útil y productiva, hay que pensar antes de obrar; y para pensar se necesita, en primer término, la cabeza. Este importante órgano nos falta desde hace mucho tiempo, y hay que crearlo cuéstenos lo que nos cueste. No soy yo de los que piden un genio, investido de la dictadura; un



EN SUS PALABRAS SOBRE EL UTOPISMO ESPAÑOL, JOSE R. CARRACIDO ALUDIO AL HECHO DE QUE «COMO EXCUSA DE LA FALTA DE ARTE PARA GOBERNAR SE DICE QUE SOMOS UN PUEBLO INGOBERNABLE». NO SIEMPRE HA SIDO ASÍ. EN LA FOTO, MANIFESTACIÓN DE ENTUSIASMO POPULAR ANTE EL PALACIO DE LA GENERALITAT, EN BARCELONA, AL PROCLAMARSE LA II REPUBLICA.

genio sería una cabeza artificial que nos dejaría luego peor que estamos. El origen de nuestra decadencia y actual prostración se halla en nuestro exceso de acción, en haber acometido empresas enormemente desproporcionadas con nuestro poder; un nuevo genio dictador nos utilizaría también como fuerzas ciegas, y, al desaparecer, desapareciendo con él la fuerza inteligente, volveríamos a hundirnos sin haber adelantado un paso en la obra de restablecimiento de nuestro poder, que debe residir en todos los individuos de la nación y estar fundado sobre el concurso de todos los esfuerzos individuales”.

Juan Maragall añade a ello lo siguiente:

“Así es que cuando parece que se interesa y que interviene en el juego político, en el fondo su interés está en algo muy material de su tribu o en algo muy recóndito de su alma. En España, la pasión política no es sino disfraz de otras pasiones más primitivas que buscan en aquélla satisfacción disimulada; por esto se presenta una violencia que parece desproporcionada a su objeto: y es que el objeto es otro. Así puede afirmarse que no existe ni un solo español, si lo es verdadero, que tenga derecho a llamarse liberal: aquí el liberalismo es una ficción, una hipocresía, un distintivo de la tribu para luchar contra otras; nada más. Aquí todos queremos hacer nuestra santa voluntad... y que los demás se sometan a ella. Así es que nuestra libertad sólo se ejercita en la opresión o en la rebeldía”.

Por fin, y para terminar, Ramón Pérez de Ayala, al comparar y relacionar lo griego y lo hispano, adopta una de las posturas a las que aludí al principio, cuando afirma:

“Otro rasgo grecohispano —cuando menos, greco-castellano—: la sofrosine, el espíritu de sensatez y moderación. Pericles dijo de los atenienses: ‘Un temor saludable y respetuoso caracteriza los actos políticos de nuestro pueblo’. Si se trata de españoles, esta misma virtud suele atribuirse a indiferencia o apatía política. Notable injusticia. Sin duda, ese espíritu de sensatez y moderación, temor saludable y respetuoso en los trances difíciles de la vida del Estado, puede conducir de una parte, por demasía de cautela o recelo, a una perniciosa inhibición del pueblo en las coyunturas



CON NOTABLE ACRTUD PIO BAROJA MANTUVO QUE «ESPAÑA NUNCA HA SIDO FOCO, SINO PERIFERIA. ALGUNOS HOMBRES EXTRAORDINARIOS, Y LUEGO, PLEBE». EL GRAN NOVELISTA ECHABA EN FALTA A «ESAS MINORIAS SELECTAS DE CULTURA MEDIA DE LOS PAISES CENTROEUROPEOS».

críticas o frente a las decisiones graves, que importan al buen gobierno de lo por venir (y en esta circunstancia se apoyan quienes, juzgando del presente conforme al pasado, ponen en entredicho la capacidad revolucionaria de los españoles), y de otra parte, a que, aprovechándose de esa largueza prudencial y precavida lentitud del pueblo español en determinarse y manifestarse públicamente, los ambiciosos, audaces y logreros, mediante maniobras solapadas y diligentes, se instalen por sorpresa en el Poder. Estos mismos son los que luego, desasistidos del favor popular, menosprecian al pueblo y lo denostan de apático, incurioso e irredimible. O bien lo reprueban por versátil. Pero el pueblo español no es versátil. Lo más definido en él es la ley inmanente de continuidad; una especie de fidelidad para consigo propio, quizá excesiva y que tal vez parece estancamiento. El pueblo español



PENSABA UNAMUNO QUE «ESPAÑA ES EL SUELO ESCOGIDO Y ABONADO DE ESO QUE SE LLAMA INTEGRISMO Y QUE ES EL TRIUNFO DEL MÁXIMO DE INDIVIDUALIDAD COMPATIBLE CON EL MÍNIMO DE PERSONALIDAD». LA IMAGEN RECOGE LA PRESIDENCIA DEL 1 MAYO DE 1931 EN MADRID: JUNTO A UNAMUNO, PEDRO RICO (ALCALDE DE MADRID), LARGO CABALLERO E INDALECIO PRIETO.

no es una masa pendular entre extremos. Jamás se entrega a mutaciones de opinión subitáneas, vehementes y paroxísticas, sino que los cambios en él son entrañables, de progresividad despaciosa y por ende casi imperceptibles, señaladamente para los gobernantes. En esto el pueblo hispano es la antítesis del pueblo galo, el cual, según Chateaubriand, no puede avanzar, como el caballo de ajedrez, sino saltando de lo negro a lo blanco, y viceversa. Lo cual no impide que los franceses se consideren los griegos modernos, como los ingleses los modernos romanos.

Estos dos rasgos, el espíritu facioso, la propensión a la disidencia mutua, jamás tan patente en ningún otro pueblo como en Grecia y en España, junto con el espíritu de moderación, creo que explican no pocas rarezas y curiosidades de nuestra vida política. Otro rasgo: el prurito y regodeo en maldecir ('male dicere'), hablar mal de la propia patria, pecado capital de griegos y españoles. Y el último, el más funesto, merece que me detenga a describirlo con pormenor. No diré, porque no es cierto, que España haya infligido pena capital a sus hombres más buenos, más justos y más sabios; pero sí que, en general, los sacrificó, imponiéndoles el ostracismo, que no es tanto el destierro territorial cuanto el destierro sentimental, intelectual y espiritual. En otras palabras: que los hombres mejores rara vez han participado en las deliberaciones áulicas ni en los destinos políticos de España.

Ha ocurrido así por culpa del Estado oficial casi siempre. Pero el pueblo no está exento de culpa. Ello es que las ingentes figuras procreantes de España en todos los órdenes, en el de la acción como en el del pensamiento, fueron casi siempre ciudadanos aislados y hubieron de llevar a cabo la empresa ardua por cuenta propia, no ya menesterosos del valimiento del Estado, sino, con frecuencia reincidente, en franco ostracismo por parte del pueblo" (1).

4. Yo estoy seguro de que ustedes entienden que esta relación de opiniones sobre la actitud política española es, además de sumamente incompleta, bastante parcial. Tenía como objetivo demostrar que los temas que hoy nos preocupan han sido ya meditados, analizados y criticados con toda amplitud por otros españoles que en gran parte creían encontrarse como nosotros, en una encrucijada definitiva. Estoy convencido de que muchos de ustedes habrán visto detrás de las ideas expuestas, los nombres de personas como Girón, Ruiz-Giménez, Silva, Areilza, Blas Piñar, Castellanos, Tierno Galván, Gil Robles, etcétera, etcétera, en sus actuaciones públicas recientes. Una de las pocas verdades inmutables es la de que no hay nada nuevo bajo el sol y ello no debe frustrarnos, sino tranquilizarnos. Como ya se ha dicho tantas veces, mucho más peligrosa que la teoría del que inventen

(1) Todas las citas que figuran han sido obtenidas de "La Polémica de la Ciencia Española", selección de Ernesto y Enrique Camarero (Alianza Editorial), y de "El concepto contemporáneo de España", selección de Angel del Río y M. Y. Bernardete (Editorial Losada).

ellos es la teoría de inventar lo que ya está inventado. Las dos actitudes básicas que mencionaba en un principio han sido en la historia del mundo las dos actitudes clásicas y seguirán siéndolo en el futuro. Es, en definitiva, el pleito continuo entre individualismo y Estado, entre intereses colectivos y particulares, entre liberalismo y autoritarismo y nuestra obligación es la de encontrar el equilibrio adecuado entre esas fuerzas.

Cierto es, desde luego, que las circunstancias españolas están cambiando rápidamente, cierto es que el mundo en su conjunto se está enfrentando con una nueva revolución en la que los valores corrientes de hoy día sufrirán un cambio sustancial, cierto es que los problemas políticos españoles son peculiares, reales y profundos; pero aún siendo todo esto así, lograríamos muy poco, si nos limitamos a una acción negativa de protesta o a formular deseos de cambio en los que no haya objetivos concretos o a pretender convertirnos en los inventores de fórmulas nuevas, distintas y perfectas.

Llevamos tanto tiempo en España sin que pase nada, que empezamos a alimentar el deseo infantil de que pase algo, sea lo que sea. Hay de vez en cuando, en todos nosotros, un instinto hacia

el catastrofismo que pone de manifiesto profundos sentimientos de pereza o incapacidad contra los que hay que luchar de una vez para siempre.

Un problema es por definición algo que tiene solución y no hemos venido al mundo, desde luego, para convertir los problemas en misterios humanos irresolubles por naturaleza y, por lo tanto, al margen de nuestra voluntad. Nuestra obligación es pensar, decidir y actuar, pero por ese orden, no por el orden inverso.

Sería inútil no reconocer que "lo que nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa". Hemos creado entre todos un clima de histerismo, de superficialidad, de confusión, de irresponsabilidad, del que tenemos que salir y del que vamos a salir, y ese esfuerzo le corresponde, sin duda de ningún género, a la juventud actual a la que hasta ahora, a pesar de todos los elogios oficiales que recibe, se la mira como un grupo de apasionados o irresponsables que sólo pueden utilizar o quemar su potencia y su vigor en la cama o en las algaradas universitarias. En este país todos los políticos quieren congraciarse especialmente con la juventud y con los militares. Pero al cerrar el capítulo de vanidades y virtudes, a ambos se les pide en el fondo lo



RAMON PEREZ DE AYALA: «EL PUEBLO ESPAÑOL NO ES UNA MASA PENDULAR ENTRE EXTREMOSIDADES. JAMAS SE ENTREGA A MUTACIONES DE OPINION SUBITANEAS, VEHEMENTES Y PAROXISTICAS, SINO QUE LOS CAMBIOS EN EL SON ENTRAÑABLES, DE PROGRESIVIDAD ESPACIOSA Y POR ENDE CASI IMPERCEPTIBLES, SEÑALADAMENTE PARA LOS GOBERNANTES». CONTEMPLAMOS AL ESCRITOR CON JUAN BELMONTE (ULTIMO A LA IZQUIERDA) Y RIVAS CHERIF (JUNTO A EL, DURANTE LOS ENSAYOS DE «A. M. D. G.»).



«A PESAR DE TODOS LOS ELOGIOS OFICIALES QUE RECIBE, A LA JUVENTUD ACTUAL ESPAÑOLA SE LA MIRA COMO UN GRUPO DE APASIONADOS O IRRESPONSABLES, QUE SOLO PUEDEN UTILIZAR O QUEMAR SU POTENCIA Y SU VIGOR EN LA CAMA, O EN LAS ALGARADAS UNIVERSITARIAS», DICE A. GARRIGUES WALKER EN ESTE TRABAJO SOBRE LAS ACTITUDES POLITICAS ESPAÑOLAS.

mismo: su reclusión, ya sea en las aulas o en los cuarteles. Para muchos (y no me refiero sólo a ciertos estamentos oficiales), lo ideal sería que los estudiantes se limitaran a estudiar, los obreros a trabajar, los militares a ejercitarse en los valores castrenses, los intelectuales a discutir sobre el sexo de los ángeles, y los artistas a divertir las mentes hispánicas con mujeres estupendas, homosexuales simpáticos y situaciones románticas intensas. De esta actitud, y lo menciono anecdóticamente, sólo se libran los pintores, a los que se les "autoriza" un modernismo sin límites. Quizá ello se deba a un hecho tan simple como el de que en nuestro país la pintura sólo está al alcance de personas que no sabiendo distinguir entre renacimiento y romanticismo, justifican su complejo de incultura, más que comprando "colocando" su dinero en un arte que funciona en la práctica con más estabilidad y rentabilidad que una Bolsa de valores y les permite además el trato directo con personas "muy interesantes".

En resumen: el tema de la capacidad o la incapacidad política de los españoles seguirá siendo en cualquier caso un factor importante en nuestro país durante los próximos años. Conviene, pues, que lo analicemos a fondo y sin prejuicios de ningún tipo, y para ello nada mejor que

revisar los antecedentes históricos y llegar a conclusiones personales responsables.

Para predicar con el ejemplo, me parece inevitable decirles que, en mi opinión, el pueblo español tiene efectivamente pocas dotes para la acción y la participación política. Lo mismo les sucede, aunque en menor grado, a otros países latinos como Portugal, Italia y, por extensión, a Grecia, en donde el grado de estabilidad política es muy inferior al de los países anglosajones y centroeuropeos. Ello se debe a las razones que he presentado al resumir la polémica de la ciencia española. Yo doy especial valor a los factores étnicos (el concepto del "ser español" es un resultado efectivamente de una estratificación de muchas razas), a la situación geográfica de nuestro país en la periferia de un continente, a la intolerancia religiosa, a unas virtudes negativas entre las que destacan el individualismo, la pereza y la envidia, y, sobre todo, a la existencia de unas clases dirigentes y a unas minorías incultas y egoístas interesadas en mantener al pueblo al margen de la acción cultural y de la acción política. España necesita todavía una educación política profunda y generalizada y las piruetas democráticas sólo pueden atraer a los irresponsables o a los que buscan soluciones extremas. ■ A. G. W.